

Oth Patino

VIGENCIA DE PALACIO

Los acontecimientos de Palacio de Justicia son todavía una herida sin cicatrizar en la memoria nacional. Dicho de otra manera, Palacio de Justicia no es aún historia, hechos no asimilados, pese a los esfuerzos de periodistas, sociólogos, juristas, políticos. Pese a que la nueva sede, el nuevo edificio de la Justicia está casi terminado, pese a que el M-19 hizo un proceso de paz, dejó las armas y los métodos violentos, pese a que desde la Constitución del 91 hay nuevas instituciones de Justicia, duele recordar Palacio no sólo por los que allí murieron, duele recordar Palacio no sólo por los que tuvimos que ver con la tragedia y tuvimos nuestro corazón allí adentro y parte de nuestro corazón también se calcinó. Duele porque hasta tanto no lo asimile el alma nacional no es posible olvidarlo, no es posible que pase de trauma a recuerdo, no es posible superar nuestra perplejidad ante la absurda tragedia e inscribir estos acontecimientos en el duelo colectivo, en la maduración de una Colombia que sigue buscando afanosa salir del laberinto de la violencia. Porque lo que está sobre el tapete para nuestro país es la posibilidad de trascender nuestro pasado de barbarie para conquistar el estadio de la civilidad. Y los acontecimientos de Palacio de Justicia son un nudo imposible de cortar en este tránsito. Toca desplegar toda nuestra inteligencia, nuestra imaginación pero sobre todo nuestra compasión y nuestro amor para desatar el nudo en la garganta adolorida y perpleja de una nación que quiere superar el fatídico ciclo de los odios, las venganzas, las culpas y las amarguras.

Palacio es el fondo del pozo, el espejo profundo en el cual hoy debemos de nuevo mirarnos. Allí estamos todos, de nuevo, en la cinta sinfin del holocausto. Defendiendo la democracia, maestro, muérase quien se muera, demandando a mano armada los incumplimientos de la paz, poniendo de rehen a la justicia para hacer justicia, disparándole a la justicia para salvarla, asaltando las instituciones para poner bien en alto nuestras verdades y nuestros propósitos, recuperando a sangre y fuego las instituciones así ellas se destruyan en el fuego cruzado, poniendo la razón de nuestra lucha por encima de toda consideración, poniendo las razones del estado por encima de todo, incluso del propio estado. Y todos desoyendo la única voz cuerda y humana, la voz de la vida clamando en la persona del Magistrado Echandía: "Por favor, que cese el fuego".

Y sin embargo el fuego no cesa, porque no hay quien se atreva a dar la orden. Porque el enfrentamiento en su lógica ascendente vá devorando, como las llamas, la razón misma de su origen. Porque el enfrentamiento, en su incontrolable desorden, como el humo, lo llena todo, desaloja cualquier finalidad que no sea él mismo.

A los pocos días, las cenizas aún calientes, fue la tragedia de Armero. Afranio dijo entonces que Armero era el corazón de la patria e hizo las interpretaciones de conexión entre una tragedia y la otra. Un mes después, condenando la matanza de Tacueyó, Alvaro Fayad decía: "Si ese es el precio de la victoria, no vale

la pena ganar". Un año después, Carlos Pizarro reflexionaba: "en Palacio perdimos todos: guerrilleros, magistrados, soldados, policías, el presidente, los generales, todos perdimos. Perdió la paz,perdió la justicia." Dos años más tarde, el mismo Pizarro, pensaba en voz alta: "La operación desde el comienzo estaba condenada al fracaso: no había con quien hablar". Y tres años después, en 1.988, la conclusión: "el problema de la paz es construir interlocutores".

Pero la violencia como el fuego no da tregua. Lo aprendido tiende a ser borrado, lo construído tiende a ser despreciado, lo nuevo a ser ignorado. Los argumentos de la guerra se retroalimentan en la imbecilidad o en la brutalidad del contendiente. Aún estamos adentro del Palacio de Justicia, y frente a los que aún creen en la guerra, frente a los que todavía ven posible negociar en medio de las balas, hoy los inermes inventamos la frase "por favor, que cese el fuego", con la esperanza de que alguien que pueda dar la orden nos escuche.

Santafé de Bogotá, Agosto 14 de 1.995
escrito por José Otty Patiño H.